

trataban á su compañero, puso piernas al castillo^a de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña más ligero que el mismo^b viento.

Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á él y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que^c por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor D. Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya D. Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venían, arremetieron con Sancho, y dieron con él en el suelo, y, sin dejarle pelo en las barbas, le^d molieron á coces, y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido, y, sin detenerse^e un punto, tornó á subir el fraile todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y, cuando se vió á caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando y esperando en qué paraba aquel sobresalto, y, sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si llevaran al^f diablo á las espaldas.

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: «—La vuestra fermosura, señora mía, puede

a. ...al castillo. Bow. = b. ...que el viento. L.₂. = c. ...preguntáronle porque. AMB., TON. = d. ...lo molieron á coces. Bow. = e. ...y, sin tenerse un punto. L.₂. = f. ...si llevaran el diablo. C.₃, Bow., PELL., GASP.

1. ...al castillo de su buena mula. — Se llama aquí *castillo* á la mula del religioso, sin duda por lo alta, pues antes se ha dicho que asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos *dromedarios*, que no eran más pequeñas dos mulas en que venían.

Sorprende que Bowle, moderado por lo común en sus apreciaciones, dijese con desenfado que había corregido bajo su responsabilidad el texto, substituyendo á la palabra *castillo* con la de *costilla*. Basta esta nuestra advertencia para que el lector juzgue de parte de quién están la discreción y la templanza, si es que en este caso no son una misma cosa.

19. ...haciéndose más cruces que si llevaran al diablo á las espaldas. — Dice nuestro *Diccionario de Autoridades* que *hacerse cruces* es «admirarse con extrañeza de alguna cosa rara y singular, que se oye ó ve, por ser ordinario, cuando esto sucede, el santiguarse ó *hacerse cruces*, en muestra de la admiración, horror ó miedo que le causa».

Definición aplicable así al caso presente como á lo que se lee en la II parte, capítulo 14: «Llegó Sancho, y, como vió el rostro del bachiller Carrasco, comenzó á *hacerse mil cruces* y á santiguarse otras tantas.»

facer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo derribada por este mi fuerte brazo; y, por que no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo D. Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo^a de la sin par y^b hermosa D.^a Dulcinea del Toboso; y, en pago del beneficio que de mí habéis recibido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho^c.»

Todo esto, que D. Quijote decía, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno; el cual, viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fué para D. Quijote,

a. ...andante y cautivo. C.₃, Bow., A.₃. | la sin par hermosa. ARG._{1,2}, BENJ. = PELL., ARR., CL., RIV., GASP. — b. ...de | c. ...he hecho. BR._{1,2}, TON.

21 (pág. 196). *Don Quijote estaba... hablando con la señora del coche, diciéndole*: «—La vuestra fermosura, señora mía. — En este momento, como en todos aquellos en que la alucinación es perfecta, D. Quijote habla como un cumplido caballero: usa el lenguaje arcaico que había aprendido en los libros que llenaron su fantasía de encantamientos, pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles.

10. ...un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno... se fué para D. Quijote. — «Este denodado adversario de D. Quijote es uno de los varios encargados de la custodia de las viajeras, que eran nada menos que *cuatro ó cinco de á caballo... y dos mozos de mulas á pie*, que se encara noble y caballerescamente con el manchego, oponiéndose con todas sus fuerzas á que atropelle á su señora. Viendo que D. Quijote se empeñaba en que el coche había de volver atrás, acude á las amenazas en legítima defensa, y, al encontrarse con un agresor valiente, no duda en desafiarlo con la mayor hidalguía frente á frente, espada en mano, renunciando á las ventajas del número, usando, en fin, de armas iguales. Tratan las señoras de oponerse á la lid, y, en un arranque hiperbólico de cólera, al verse insultado en su honra, á más de la coacción y el ultraje inferidos á su ama, amenaza, ciego de furor, á ésta y á cuantos pretendan oponerse á la batalla.» (APRAIZ. *Cervantes vascófilo*, 1895, pág. 31.)

Con estas palabras trata de probar el Sr. Apraiz que no sin fundamento se diputó siempre á los vascos por fidelísimos y leales; y para esforzar su argumento cita hasta cinco pasajes del mismo *Quijote* en que se da al vizcaíno los epítetos de *valiente*, *valeroso*, *caballero* y *hombre muy de bien*. De oportunísimas han de calificarse estas citas del entendido cervantista; pero importa advertir que, ya fuese llevado del espíritu cómico, que siempre guiaba la pluma del novelista, ya por otra causa que no conviene aventurar, ha de admitirse de buen grado no estar exentas de intención aquellas palabras:

«Oyendo lo cual, Sancho dijo: «—¿Quién es aquí mi secretario?» Y uno de los que presentes estaban respondió: «—Yo, señor, porque sé leer y escribir,

y, asiéndole de la lanza, le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaína, desta manera: «—Anda, caballero, que mal andes: por el Dios que crióme, que, si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.»

y soy vizcaíno.» «—Con esa añadidura, —dijo Sancho, — bien podéis ser secretario del mismo emperador. Abrid ese pliego, y mirad lo que dice.» (II, 47.)

No será justo que caiga sobre el pueblo vasco la nota de crueldad, ni aun la del ridículo, ya que las personas cultas no escriben ni hablan atropellando la sintaxis castellana. Pero ¿es ajeno, como hoy diríamos, á toda intención política este último pasaje? ¿No deja un como resquemó en el ánimo, gozando como gozaron de gran privanza en la corte no pocos vizcaínos, ya que pasan de cinco los que de ellos fueron secretarios de Estado?

1. ...y, asiéndole de la lanza, le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaína, desta manera: «—... por el Dios que crióme, que, si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.» — En su *Cervantes vascófilo*, precioso trabajo de investigación, reconoce imparcialmente el Sr. Apraiz que nuestro novelista hizo algunas veces blanco de su festivo humor la chistosa manera con que los euskaldunas poco cultos suelen hablar castellano.

Á Bowle, explotado por muchos, citado por muy pocos; á Bowle, que, si no hizo un comentario como el que hoy desea la crítica, fué el primero en allegar datos para ilustrar aquellos asuntos del *Quijote* tratados, ya de propósito, ya incidentalmente, por cuantos escribieron antes de Cervantes y después de él hasta 1781; á Bowle se deben las citas que van á continuación:

«Si quieres ser vizcaíno trueca las primeras personas en segundas con los verbos.» (QUEVEDO. *Juguetes*, tomo I, pág. 575.)

«Á un vizcaíno enfermo mandóle el médico que tomase unas pildoras. Cuando vino el médico preguntóle si había tomádaslas. Respondió: —En un agujero tienes, uno comido tienes, no están maduros.» (*Floresta española*, 134.)

«Á lo cual replicó el vizcaíno: —¿Yo no caballero? —Éramos cuatro pajes y dos lacayos; uno de los lacayos era vizcaíno, y, como suelen, muy apasionado por su tierra y su hidalguía... Entraba luego en que bastaba decir vizcaíno para que se tuviese por hidalgo. Yo decia que me cuadraba más la otra vizcaíno luego burro. Encolerizábase y decia que la razón porque á los vizcaínos les llaman burros, es porque, cuando salen de su tierra, como son gente noble é hidalga, salen sin doblez ni malicia, muy llanos, benignos, simples y pacíficos, que son calidades del pecho noble; y, porque la lengua vizcaína no se puede trocar fácilmente, por ser intrincada, suelen tropezar y hablar cortamente en la castellana.» (LUJÁN. *Guzmán de Alfarache*, libro II, cap. 8.º)

«Don Sancho de Azpeitia. —Azpeitia, lugar de Vizcaya. No hay sobrenombre, ni apellido de verdadero vizcaíno originario, que no tenga su correspondencia con alguna casa, lugar, etc., de Vizcaya.» (LUJÁN. *Guzmán de Alfarache*, libro II, cap. 9.º)

El autor de *Rinconete y Cortadillo*, tan admirable observador y pintor de costumbres, hizo un curiosísimo estudio del modo de expresarse los vizcaínos torpes en el romance; mas esta habilidad y destreza para tan gracioso remedo ó imitación (que supone cierto conocimiento, práctico cuando menos, de la contextura gramatical del vascuence, y frecuente trato con vascos), «lejos de mortificarnos ni molestarnos en lo más mínimo, excita nuestra franca y regocijada hilaridad».

Entendióle muy bien D. Quijote, y, con mucho sosiego, le respondió: «—Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.»

Á lo cual replicó el vizcaíno: «—¿Yo no caballero? Juro á Dios tan mientes como cristiano: si lanza arrojas y espada sacas, el agua 5 cuan presto verás que al gato llevas: vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo; y mientes, que mira si otra dices cosa. — Ahora lo veredes, dijo Agraes, — respondió D. Quijote.»

a. ...dijo Agraes. V. 1.º, MIL.

8. — Ahora lo veredes, dijo Agraes, — respondió D. Quijote. — «Fórmula de amenaza, que era común en España por los años de 1620, cuando se escribía la *Visita de los chistes*, de Quevedo, como se ve por ella. Agraes fué sobrino de la reina Elisena, madre de Amadís de Gaula, en cuya historia se hace repetida y larga mención de sus hazañas. En boca de este caballero puso el proverbio la expresión de *ahora lo veredes*, de que usaban comunmente el mismo Agraes y los demás andantes, respondiendo á las provocaciones de sus contrarios, y remitiéndose á las manos. Florambel de Lucea se encontró con tres caballeros, y, habiendo tenido palabras con uno de ellos, éste, poniendo mano á la espada, arremetió contra Florambel diciendo: *ahora lo veréis, Don cobarde caballero* (1). Al llegar Amadís de Grecia á un castillo, como cerca fué, una guarda que en él estaba, tocó muy recio una bocina, al son de la cual salió un caballero armado de todas las armas, el cual le dijo que viniese con él á prisión... *Ahora lo veréis, dijo Amadís, y, abajando su lanza, se vino para él* (2). En *Florisel de Niquea*, usó de la misma expresión el príncipe D. Rogel de Grecia con los caballeros que se oponían á su paso para probar la aventura del *Alto roquedo* (3); la usaron también unos caballeros que iban á pelear con Daraida, y la propia Daraida al entrar en batalla con el jayán Buzarte (4). Finalmente, usó de ella Oliveros con Fierabrás, y Fierabrás con Oliveros en la cruda y prolija batalla que tuvieron en Mormionda, y se refiere en la historia vulgar de Carlomagno.»

Así comenta el diligente Clemencin la frase transcrita; y si alabamos su erudición, en prenda de imparcialidad, será bien notemos que no siempre es fórmula de amenaza en el sentido absoluto de la frase.

«—Vuestra merced se chancea, —dijo el maestro Prudencio.

—No me chanceo, —respondió el beneficiado.

—Ahora lo veredes, dijo Agraes.» Y, diciendo y haciendo, sacó del bolsillo otro papel que también protestó se lo habían enviado por correo como pieza única.» P. ISLA. *Fray Gerundio de Campazas*, cap. 11.)

«—Á pique está que tenga en esta otra manga con que convencer á vuestra merced cuánto se equivoca en juzgar que no caben en esta línea mayores dislates. Ahora lo veredes, dijo Agraes.» Y, diciendo y haciendo, leyó otro par de décimas.» (P. ISLA. *Fray Gerundio de Campazas*, cap. 12.)

(1) *Florambel de Lucea*, libro IV, cap. 1.º

(2) *Amadís de Grecia*, parte II, cap. 48.

(3) *Florisel*, parte III, cap. 87.

(4) *Florisel*, capítulos 90 y 92.

Y, arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada, y embrazó su rodela^a, y arremetió al vizcaíno con determinación de quitarle la vida.

El vizcaíno, que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que, por ser de las malas de alquiler, no había que fiar en ella, 5 no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se^b fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decía el vizcaíno, en sus mal trabadas 10 razones, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo había de matar á^c su ama y á toda la gente que se lo estorbaba. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviase de allí algún poco, y desde lejos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaíno una gran 15 cuchillada á D. Quijote encima de un hombro, por encima de la rodela^d, que, á dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura.

Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz diciendo: «— ¡Oh señora de mi alma, Dulcinea, 20 flor de la fermosura! Socorred á este vuestro caballero, que, por satisfacer á la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla.» El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela^e, y el arremeter al vizcaíno, todo fué en un tiempo, llevando determinación de aventurarlo todo á la de un solo golpe^f.

El vizcaíno, que así le vió venir contra él, bien entendió por su 25 denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que D. Quijote;

a. ...su adarga. ARG._{1,2}, BENJ. = cima del adarga. ARG._{1,2}, BENJ. = e. ...su adarga. ARG._{1,2}, BENJ. = f. ...de un golpe solo. C.₁, L.₁, FK. — ...un golpe solo. L.₂.
 b. ...luego fueron. A.₁, PELL., ARR. =
 c. ...de matar su ama. BR.₃. = d. ...en-

22. ...llevando determinación de aventurarlo todo á la de un solo golpe. — Que en sentir de unos el verbo *aventurar* pida de justicia en este caso el sustantivo *ventura*; que éste se haya de reemplazar, para no ofender á virtud tan alta del lenguaje como lo es la propiedad de los vocablos, con la voz *trance*; que tal modo de decir deba de tenerse por artificioso y como primer asomo de ingeniosidad, alma del conceptismo; cosas son que, por lo sutiles, rompen con el concepto de fresca espontaneidad que tanto enamora en las páginas del *Quijote*.

Si, dando muestras de deferentes, cuando no de sumisos, decimos al amigo ó al superior: «Lo dejo todo á la decisión de Vd.», esto es, «á lo que Vd. decida, resuelva, determine»; ¿por qué, *llevar determinación de aventurarlo todo á la de un solo golpe*, no se ha de entender á lo que resultare del sobredicho golpe?

24. *El vizcaíno, que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje.* — Aquí los dos últimos vocablos no significan exacta y absolutamente

y, así, le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni á^a otra parte, que ya, de puro cansada y no hecha á semejantes niñerías, no podía dar un paso. Venía, pues, como se ha dicho, D. Quijote contra el cauto vizcaíno, con la espada en alto, con determinación de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba 5 ansimismo levantada la espada y aforrado con su almohada; y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás^b criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devoción de 10 España por que Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban.

Pero está el daño de todo esto que, en^c este punto y término, deja^d pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose^e que

a. ...ni otra parte. GASP., ARG.₁, BENJ. = b. ...y las dueñas ó criadas. ARG.₂. = c. ...esto que este punto. BR.₃, AMB. — ...esto en que en este punto. ARG._{1,2}, BENJ. = d. ...dejó. ARG._{1,2}, BENJ. = e. ...disculpándose con que. ARG._{1,2}, BENJ.

una misma cosa; y, sin embargo, han de tenerse como *sinónimos aparentes*. No es, pues, aplicable á ellos, en este caso, lo que decía Valdés (1): «que tenemos vocablos en que escoger como entre peras».

Ya que no es indiferente escoger uno ú otro, Cervantes señaló con precisión la diferencia entre ellos: el *denuedo* se pinta en la actitud y el gesto; el *coraje*, en la resolución acompañada de la ira. Los que á toda hora le tachan de incorrecto, tienen aquí un ejemplo de que, en punto á lenguaje, no se han de hacer afirmaciones cerradas.

6. ...y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban. — Tiene aquí el verbo *suced* la significación de *lo que había de resultar, lo que de allí iba á originarse*.

10. ...y casas de devoción de España. — Templo ó santuario donde se venera alguna imagen con que se tiene mucha y especial devoción.

13. ...en este punto y término, deja pendiente el autor desta historia esta batalla. — Aquí corta bruscamente la narración; mas no por ser pobre, como esos asuntos que decaen por su propia inercia, tornándose incoloros é insustanciales, sino para resurgir más vigoroso y potente en la nueva y admirable descripción con que en el capítulo que le sigue pone fin á la no menos llena de vida que bien ideada batalla.

14. ...el autor desta historia. — Al escritor que, en la forma por ventura más graciosa del humorismo, dijo con singular desenfado, en el prólogo de su impercedera y sin par creación, que no caen debajo de los fabulosos disparates

(1) *Diálogo de la lengua*, pág. 94; edición de 1873.

no halló más escrito destas hazañas de D. Quijote de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes

de su libro las puntualidades de la verdad; á tan ingenioso como festivo autor, no se le han de hacer reparos monjiles, ni será bien que los gramáticos, por agudos y sutilísimos que se juzguen, ni los comentaristas, aunque presuman de estirados, vayan siguiendo sus pasos en busca de contradicciones, ni enredadas ni enigmáticas; pues, hijas de cavilosasidades, no gozan de otra vida que la que recibieron de la imaginación del que las inventó.

«No andéis buscando afanosos, — podría decirles Cervantes, — lo que llamáis la inseguridad, lo incierto de mis huellas: no intento burlaros, porque, si tal fuera mi propósito, me bastaría, para responder á eso en que reparáis de quién fué el primero y cuál el segundo autor de esta historia, que así es verdadera la pretendida contradicción como son ciertos los milagros de Mahoma. Porque ello es evidente, para quien sabe leer, que de tal suerte se enseñoreó de mi pluma la nota humorística, que toparéis con ella así en las primeras palabras del prólogo: *Desocupado lector*, como en su postrera despedida al modo de los latinos: *Vale*.

Para dar en qué reír y no en qué pensar, que fuera vano intento en obra en la que todo tira y se encamina al deleite, se escaparon de mi pluma las humorísticas frases:

«...los autores que deste caso escriben.» (I, 1.)

«...los autores desta tan verdadera historia.» (I, 1.)

«...autores hay que dicen.» (I, 2.)

«...hubieran olvidado á los autores della.» (II, 3.)

En brazos del humorismo, como si la portada del *Quijote* no me denunciase, seguí diciendo, al modo de nuestros graves cronistas:

«*Historia de D. Quijote de la Mancha*, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo.» (I, 9.)

«El autor de la historia se llama Cide Hamete Benengeli.» (II, 2.)

«Su primer autor, Cide Hamete Benengeli.» (II, 24.)

«Á Cide Hamete, su autor primero.» (II, 40.)

«Cide Hamete, su primer autor.» (II, 59.)

«...para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase.» (II, 74.)

En resolución, para que de capítulo en capítulo se fuesen confundiendo las almas sencillas, me holgué no pocas veces en ir repitiendo en el discurso de la obra:

«...el autor desta historia.» (I, 8.)

«...el segundo autor desta obra.» (I, 8.)

«...diese noticia su autor.» (I, 9.)

«...sino haber sido su autor arábigo.» (I, 9.)

«...por culpa de su autor.» (I, 9.)

«...el autor desta nueva y jamás vista historia. El cual autor.» (I, 52.)

«...el autor de nuestra historia.» (II, 2.)

«...pero desconsolóle pensar que su autor era moro.» (II, 2.)

«...es que su autor puso en ella una novela.» (II, 3.)

«...algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor.» (II, 3.)

«...que si no la puso el autor de nuestra historia.» (II, 4.)

«...si por ventura ha sido su autor algún sabio.» (II, 8.)

del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y, así, con esta

«...que el autor no lo declara.» (II, 10.)

«...el autor desta verdadera historia.» (II, 12.)

«...el autor desta grande historia.» (II, 17.)

«...aquí pinta el autor.» (II, 18.)

«...que atribuían á poca memoria del autor.» (II, 27.)

«...pero aquí nuestro autor lo dice por la presteza.» (II, 53.)

Basta, señores Clemencín y Calderón: así vuestro ataque como vuestra defensa, pecan de inoportunos, para no decir de impertinentes.»

2. ...que no tuviesen en sus archivos. — La cómica gravedad con que se habla de los ingenios de la Mancha, de los archivos manchegos, de la Academia de Argamasilla y famosos individuos que la componían, sin que ni en este capítulo ni en el último de la primera parte se rompa la armonía de esta nota por todo extremo humorística, todo ello sirve como de argumento de que aquí no se ha encomendado papel alguno ni á la cronología ni á la historia, sino á la musa de lo cómico que preside, como ya tantas veces se ha dicho, desde el mismo título del libro hasta la última frase con que se cierra tan peregrina narración. En este sentido, pues, con ser un libro romántico, el *Quijote* reclama también para sí el de obra rigurosamente clásica, obra perteneciente á ese arte de fundir lo cierto y lo fabuloso, por modo tan extraordinario, que en ella el comienzo, el medio y el fin, como pedía Horacio:

Primo me medium, medio ne discrepet inum.

(*Ad Pisones*, verso 152.)

se corresponden tan admirablemente, que en todas sus partes ofrece al lector un conjunto, en verdad, harmónico.

ADVERTENCIA. — Con arte exquisito, imitado felizmente por excelentes novelistas, deja aquí el nuestro en suspenso la aventura del vizcaino; y esto debió sugerirle en el primitivo plan la división en partes de que da cuenta la Academia Española en la primera de sus ediciones.

«Dividió Cervantes el primer tomo del *Quijote* en cuatro partes, conservando la numeración de los capítulos sin interrupción desde el primero hasta el último del tomo. Esta división parece que desagradó después al autor, pues no quiso continuarla en el segundo tomo, antes bien la intituló *Parte segunda*, sin otra división que la de capítulos, de donde puede muy bien inferirse que su intención, después de haber publicado el tomo primero, fué dividir toda su obra en solas dos partes, con sus capítulos correspondientes. Por esto y por evitar la disonancia que causaría ver en una misma obra repetirse la parte segunda á continuación de la cuarta, ha parecido conveniente omitir la división en cuatro partes de la primera edición, dividiendo toda la obra en dos partes, y cada parte en sus capítulos correspondientes.» (*Edición de la Real Academia Española*, 1780; tomo 1.º, pág. VI.)

Antes de Ríos, habían visto algunos editores del *Quijote* los inconvenientes de la división en cuatro partes; y, creyendo salvar la dificultad, lo dividieron en *libros*, continuando esta división hasta en la misma segunda parte, resultando un total de *ocho libros*.

imaginación, no se desesperó de hallar el fin de esta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte^a.

a. ...contará en el segundo libro. BR.₃, AMB., TON.

En estos momentos, alguien que pretende poseer el ejemplar capilla de la primera edición de Cuesta, dice, con evidente desconocimiento de la realidad, que, en su ejemplar, al llegar al final del cap. 8.º, faltan dos hojas, pero que no se pierde el hilo que disuene (sic).

Con argumentos de esta naturaleza no se prueba la existencia de tesoro que, á existir, verdaderamente tendría un valor incalculable.

Cervantes no puso al margen de su ejemplar notas tan impertinentes, y ésta sola, por lo inusitado de la forma, aunque faltasen otras, bastaría para rechazar la autenticidad de la obra.



CAPÍTULO IX

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el^a valiente manchego tuvieron

DEJAMOS en la primera parte^b desta historia al valeroso vizcaíno y al famoso D. Quijote con las espadas altas y desnudas en guisa 5 de descargar dos furibundos fendientes, tales que, si en lleno se acertaban^c, por lo menos se dividirían y fenderían de arriba abajo y abrirían como una granada, y que^d en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor dónde se podría hallar lo que della faltaba. 10

Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leído tan poco se volvía en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecía para hallar lo mucho que, á mi parecer, faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible, y fuera de toda buena costumbre, que á tan buen caballero le hubiese faltado algún sabio que 15 tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas; cosa que no

a. ...y caliente. BR.₃, AMB. = b. ...en el primero libro. BR.₃, AMB., TON. = c. ...acertaran. TON. = d. ...y en aque punto. CL., RIV., ARG._{1,2}, BENJ., FK.

Línea 6. ...dos furibundos fendientes. — Fendiente vale lo mismo que hendiente, y esta palabra equivale á corte, tajo, cuchillada. Fendientes, en plural, es voz que, bañada de hermosura, la reclamó para sí la poesía; y tanto se regala con ella, que sólo consiente vaya á los dominios de la prosa á condición de que lo poético sea en ella como el alma y la vida. Por eso la vemos aquí impregnando el cuadro de esta narración con el recuerdo lleno de fragancia que traen á nuestra memoria las más bellas frases de los libros caballerescos.